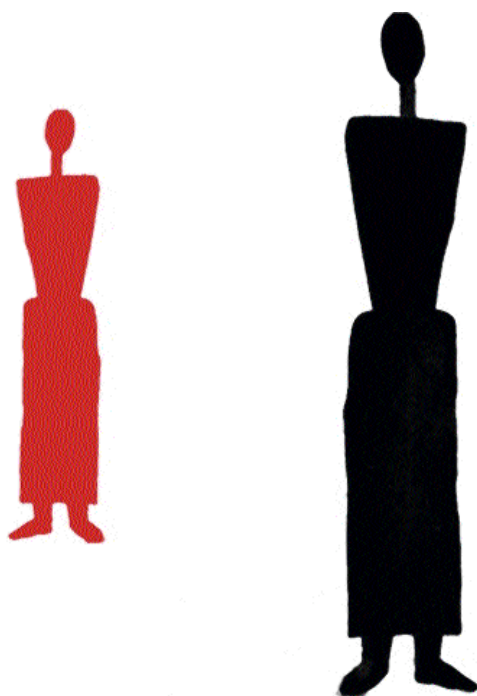


Marina Tsvietáieva

Cartas de Wilno
(1934-1935)



MALDOROR



MARINA TSVIETÁIEVA

CARTAS DE WILNO
(1934-1935)

Traducción:
Jorge Segovia y Violetta Beck

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos de copyright. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título original: *Pisma k Natalie Hajdukiewicz*
(R P) Moscú, 2002

Primera edición: 2006
© Maldoror ediciones
© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

Depósito legal: VG-750-2006
ISBN 10: 84-934956-1-1
ISBN 13: 978-84-934956-1-9

MALDOROR ediciones, 2006
maldoror_ediciones@hotmail.com

CARTAS DE WILNO
(1934-1935)



France
Clamart (Seine)
10, rue Lazare–Carnot

17 de marzo 1934

Querida Natasha Gieievskaia,

(Pues usted era una Gieievskaia cuando llamó a nuestra casa¹ –ay, poco hospitalaria– pero la casa ya no estaba para nadie, ella le hubiese acogido, ¡ella!²)

Su carta no sólo me ha emocionado –me ha trastornado: ese mundo está tan cumplido que he dejado de creer que alguna vez existió (contemplo la capa marrón, último regalo de mi padre³, que me ha

acompañado por todas partes desde 1912, y pienso: ¿se trata verdaderamente de la misma? La palpo, –y no lo creo. ¡Peor que Tomás!⁴– y de repente su voz, *viva*, y no solamente su voz: el nombre *vivo* de “Varenka Ilovaiskaia”⁵ –pues, también⁶ ella era una Varvara, como su hija: la primera mujer de mi padre (el famoso retrato)⁷. Imagínese que he intentado, aunque vanamente, saber de aquéllos, muy pocos, que siguen vivos, *quién* fue la primera mujer de Dmitri Ivanovich, de eso hace ya tanto tiempo que ni los más viejos lo recuerdan (¡es así, creo, como debería comenzar un cuento!), la única que quizá sabe algo por haber oído hablar de ello es Olia Ilovaiskaia⁸, pero yo la temo más que al fuego y, como la avestruz, vivo escondiendo la cabeza entre los hombros: ¿qué puedo esperar de Pimen⁹ si ella la lee! (Se ha casado hace poco tiempo por tercera vez y vive en Serbia).

Y súbitamente, su voz que me arroja ese nombre. Ahora, una serie de preguntas: 1) ¿Cuál es su grado de parentesco y qué es usted para Valeria¹⁰? 2) ¿Qué sabe usted de “Varenka”? ¿A qué edad murió y de qué? 3) ¿Ha tenido ocasión de ver su fotografía? 4) Su nombre de pila, su patronímico y su nombre de soltera. En resumen: todo lo que usted sabe, POR FAVOR.

En cuanto a la Valeria que no la ha alojado en su casa (*¿en qué año?*, ella ya no vivía en Triojprudny desde 1907 más o menos. ¿Cuándo ha podido pasar eso? Primero, ella se separó de nosotras (nosotras las Tsvietáiev, es decir las hijas de nuestra madre) para instalarse en un ala de la casa y en 1908-1909, ella ya no estaba allí, se había mudado a las afueras

de la ciudad, a un lugar espantosamente aislado. Sólo Dios sabe por qué... ¿*Cuando* ocurrió eso y a la puerta de qué casa, de Triojprudny o del Viejo-Pimen, llamó usted? Asia¹¹ y yo, nos hemos casado ambas en 1912, ella en el lugar VI^o y yo en el VII^o, –¡Señor!, ¡me doy cuenta de que todo esto es un paréntesis! Bueno, vuelvo a comenzar desde el principio).

En cuanto a la Valeria que no la ha alojado en su casa –es una de las criaturas más *lúgubres* que jamás haya visto– y no únicamente en la vida. Mi madre *no podía* amarla, y lo más sorprendente, es que *no* la detestaba. Pero mi madre albergaba ese espíritu protestante, germánico –de rectitud, y creo que ella se había prohibido detestar a su hijastra. Si Valeria hubiese sido *su* hija –la habría *detestado*.

Yo no la acuso, igual que no se acusa a un fenómeno de la naturaleza, la mantengo a distancia, e incluso mentalmente. Y (no crea que soy *muy* compasiva) –tengo piedad de ella– por los pocos y raros impulsos –o tentativas– de ternura, de solicitud –extremadamente raros pero que sin embargo existieron. Por la soledad, el marchitamiento, el ensimismamiento, la malignidad fundamental de todo su ser. Por el hecho de que (ella se casó muy tarde, casi a los treinta años, con un gigante barbudo que daba miedo verlo: un campesino) –todos sus hijos gigantes hayan perdido la vida, no sé ni si uno solo ha sobrevivido.

La última vez, tras *nueve* años de silencio (¡cuando vivíamos en la misma ciudad!), la vi –no, no la vi, aquéllo ocurrió así: durante una lectura de mis poemas en el *Café de los poetas* –en 1921– en Moscú,

me pasaron una breve nota –en un intervalo– con estas palabras: –He venido a escucharte y estoy maravillada. –Creí saber, pero a pesar de todo pregunté: ¿quién?, ¿cómo es ella? “–Una mujer, baja, que os aplaudía con fervor, de pelo negro, tez mate y cara afilada.”

– ¡Ella! –Me acerqué, pero ella ya no estaba allí. Y fue así como nos encontramos la última vez. Después no volví a verla: 9+1921-1934 –en total, *veintidós años*. ¡Terrible?

Pero había al menos algo que, a pesar de su odio por mi madre y por mí: por nosotras, por nuestra casta –la había empujado y forzado a pasarme aquella breve nota. Cuando pienso en ella, mi corazón se cierra. Aunque –objetivamente– ella sea un monstruo.

Pero es igualmente un monstruo –cercano, de Triojprudny-Pimen, y lo albergo (al monstruo) en mi corazón, a pesar de todo más íntimamente que si ella hubiese sido alguna “hermana mayor” razonable y amante. (Ella tiene diez años más que yo).

La atracción –más allá, por lo demás– del parentesco.

Su hermano Andrei, muerto hace poco tiempo en los brazos de su hermanastra Asia, muy bello (¡el exacto retrato de Varvara Dmitrievna Ilovaiskaia!), no era menos extraño, quizá aún más, –absolutamente secreto, pero él nos amaba, a Asia y a mí, a su manera, como un lobo, secretamente, tímidamente, so capa de bromas y burlas. Y fue –en *nuestra casa*– a donde vino a morir.

He ahí por lo que estoy tan ávida de conocer cosas sobre los orígenes femeninos, maternos de Valeria

y Andrei. Se trata aquí exactamente de madres, pues nosotras teníamos un mismo padre pero una de nosotras *no era de él*. El enigma de Valeria y Andrei reside en la primera mujer de Dmitri Ivanovich, su abuela, la famosa “Varenka”. Su madre (la hija de “Varenka”, Varvara también ella) era, según todos los relatos, poco o nada complicada: bella, adorable, con una suave voz cantarina, de una entera hermosura. Cuando partió, se fue *entera*.

Todo lo que sabe sobre esa “Varenka”, la mujer de Dmitri Ivanovich, (pero, ¿no estará usted equivocada y se refiera quizá a la *hija* de Dmitri Ivanovich, la primera mujer de mi padre?) –¡se lo ruego!

No para un manuscrito, sino para mi alma, aunque el manuscrito sea también esa misma alma.

¿Por qué está usted en Wilno? ¿Y antes? ¿Dónde estaba usted durante la Revolución? ¿Tiene hijos? ¿Cómo son? Yo tengo una hija de veinte años y un hijo de nueve: Ariadna¹² y Gueorgui: Alia y Mur¹³. Mur se parece a mí en todo.

Su carta es humana, profunda y –perdone el atrevimiento– inteligente, no la carta –inteligente, sino *usted*. Magnífico, eso que dice sobre el orgullo de *cuatro centavos* y el orgullo *de precio*, magnífico, lo he leído como si saliese de mí, es verdad que a partir de un cierto nivel de profundidad ya no hay –un yo en propiedad porque ya no hay– un otro: todo está en uno y ese uno somos nosotros. Pero esto, lo

siento más –con las mujeres. Y también con la naturaleza.

Querido ángel, ¿como ha podido pensar un solo segundo que yo no le respondería: que no escucharía una llamada tan lejana –venida de tan lejos? Pues en efecto, en esta famosa casa cerca del viejo Pimen, soy, yo, toda entera, es a mí a quien usted ve y oye al leer estas líneas.

Puedo no responder únicamente si se trata de una falsificación, si se trata de “literatura”, si se trata de una in-comprensión, es decir si se dirigen a mí en tanto que “literato”. Yo no soy un literato: soy un ser vivo que sabe escribir. *Nunca* he vivido de ninguna vida literaria ni de una vida de grupo o de una vida pública, y ahí reside mi fuerza, dicho de otra manera, es ella quien me ha preservado de eso durante toda mi vida, desde mis dieciséis años (oh, ¡mucho antes! sencillamente desde mi nacimiento).

Sólo escucho el yo. Y nunca responderé a ninguna falsificación, aunque fuese la más brillante o más seductora.

Escríbame. Yo le responderé, aunque tal vez no enseguida: estoy extenuada por lo cotidiano: la sartén, la comida, la lejía, todo ese día fraccionado en el cual dispongo de *dos* horas –¡y es mucho! para escribir y todavía, no seguidas. Desde 1917, vivo una vida *extenuante*: insoportable. Cuarto verano

donde no iré a ninguna parte: Clamart es una periferia de París.

—¡Gracias por la respuesta!...

MT

[Añadido al margen:]

Cuando me responda
tenga mi carta a la vista.